

FERNANDO DURÁN VILLARREAL

DON AGUSTÍN EDWARDS MAC-CLURE
(1878-1941)

CUADERNOS
DE LA ACADEMIA CHILENA DE
LA LENGUA
2003

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

Ubicación 11 A (114-25)

Año 2002 C.1

SYS: 661977

BIBLIOTECA NACIONAL



1058780

661977

ЛЛН(ЛНЧ-25)

-26/

КОНТРОЛЬ
И
УПРАВЛЕНИЕ
КАЧЕСТВОМ

ГОСТ
ИЗДАНИЕ
1977

DON AGUSTÍN EDWARDS MAC-CLURE

(1878-1941)

CUADERNOS
DE LA ACADEMIA CHILENA DE
LA LENGUA
2003

FERNANDO DURÁN VILLARREAL

DON AGUSTÍN EDWARDS MAC-CLURE
(1878-1941)

ADICIONES Y NOTAS DE JUAN ANTONIO MASSONE

CUADERNOS
DE LA ACADEMIA CHILENA DE
LA LENGUA
2003

Se terminó de imprimir en
Ediciones Rumbos en el mes
de febrero del año 2003.

31/3/10
CHILE

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

Índice General

Don Agustín Gaitanero y el "Cuartelazo"

Resumen del libro

— El autor

— Agradecimientos

— El autor y el lector

— El autor y el tiempo

*A Teresita Durán Díaz
reconocido de su aporte
a este libro*

Selección de textos

— "Nuestro deber"

"Las cosas que dicen los Niños"

— "Mensaje"

"El momento de la vida"

— "Cronica personal de la vida"

"Los niños y su patria"

Listado de sus principales obras

INDICE GENERAL

Don Agustín Edwards Mac-Clure, por

Fernando Durán Villarreal

—Consideraciones preliminares	9
—El periodista	17
—El escritor y el historiador	21
—El educador y el académico	27
—Un centenario ejemplar	32

Selección de textos:

—1. Narración literaria

“Las cosas que dijo doña Mielosa”	37
---	----

—2. Memoria

“El nacimiento de Zig Zag”	43
----------------------------------	----

—3. Crónica periodística de viaje

“Una cabeza y un paseo”	56
-------------------------------	----

Listado de sus principales obras	63
---	----

AGUSTÍN EDWARDS MAC-CLURE (*)

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Un hábito rutinario nos inclina a clasificar a los hombres en dos grandes categorías, generalmente incomunicadas: los hombres de pensamiento y los de acción, los meditativos y los activos. Pero este criterio falla cuando nos encontramos con personalidades excepcionales, que invaden con igual habilidad uno y otro campo y se mueven con idéntica destreza y soltura en la meditación y en la vida práctica, como si nada las aislara o dividiera.

Es lo que acontece cuando, a la altura de un centenario, se trata de dibujar los rasgos de la personalidad múltiple que fue don Agustín Edwards Mac-Clure.⁽¹⁾ Porque en una existencia que apenas abarca 63 años, nos encontramos ante el político y el historiador, el diplomático y el periodista, el hombre

(*) Este trabajo fue publicado con el título "Centenario de don Agustín Edwards Mac-Clure" en El Mercurio, de Santiago, suplemento Artes y Letras, el 18 de junio de 1978. Un escrito de dimensiones similares corresponde al homenaje rendido en nombre de la Academia Chilena de la Lengua por el autor, publicado el 2 de julio de 1978, en "El Mercurio" de Santiago. Otro tanto cabe decir de "Obra y personalidad de D. Agustín Edwards Mac-Clure", aparecido en "El Mercurio", de Valparaíso, el 18 de junio de 1978. Interesante aporte el folleto "Perfil cultural de Don Agustín Edwards Mac-Clure", de Mario Cánepa Guzmán. Stgo. 1978

(1) Nació en Santiago de Chile, el 17 de junio de 1878

de negocios y el educador; en suma, ante el intelectual de vastas y bien meditadas lecturas y el hombre cotidiano, que dedica largas horas del día al hogar.

Nacido en una familia que se destaca en el siglo pasado por su amplia y vigorosa iniciativa, llevaba en su alma y en su sangre el ímpetu creador bajo las más disímiles formas. Tanto le interesaba servir a Chile desde un sillón parlamentario como desde un cargo ministerial, o escribir un libro y hurgar en los infolios del pretérito como salir al exterior en brillantes misiones culturales y diplomáticas. Fundó, por eso, un diario, creó revistas, se hizo cargo de establecer y estructurar la Universidad Técnica Federico Santa María, cumpliendo con el legado de don Federico Santa María, o dirigir y animar negocios tales como los bancarios, los de seguros o las numerosas industrias que recibieron su estímulo y su impulso.

Sus antecesores ya le habían marcado, en cierto modo, ese camino tan activo como múltiple. Su abuelo, don Agustín Edwards Ossandón, casado con ese corazón henchido de caridad y amor a los pobres que fue doña Juana Ross, pertenece a la estirpe de hombres de aventura y de esfuerzo que crea una gran minería en el norte y se abre paso en una ruta difícil y sujeta aún a una explotación elemental, a fuerza de energía, visión y constancia. Esto no le impide adquirir más tarde "El Mercurio" de Valparaíso, en 1877, demostrando que sentía, en medio de sus quehaceres y afanes comerciales, la atracción de la cultura y del buen periódico o libro. Su hijo, don Agustín Edwards Ross, que muere muy joven, hereda idénticos rasgos. En sus manos el periódico se moderniza y cobra una

vida sorprendente, a la vez que amplía los negocios de la familia y mira con pasión el progreso y la evolución que se bosquejan en el Chile de estos tiempos.

La atmósfera que respira don Agustín Edwards Mac-Clure es, pues, desde los primeros instantes, de actividad, trabajo, ingenio y afán emprendedor. El secreto, si puede haberlo, en esta tarea agotadora que será su vida, reside en dos factores: tenía la pasta del humanista, como lo revelará en sus libros, pero poseía también el rigor, la severidad, la íntima exigencia de quien se hallaba poseído de esa especie de ascetismo que es la vocación del trabajo.

Desde las primeras horas del día hasta las últimas del anochecer su existencia era una continua, ininterrumpida labor. Su descanso consistía en alternar una actividad con otra distinta, pasar del ajetreo de las empresas y los negocios al refugio de la biblioteca y dar salida a las obras que su pluma ágil y de estilo claro y preciso iba modelando sobre la página de letra firme y rotunda.

Escribir, en este sentido, equivalía para don Agustín Edwards una función tan natural como la de respirar. Frente a la página impresa del autor selecto o a la hoja en blanco que lo invitaba a llenarla, experimentaba la sensación liberadora de quien sale del claustro de una oficina al aire limpio y fresco del huerto o del jardín. Crear, fuese en el ámbito educacional o en el periódico, en la empresa bancaria o comercial, era la válvula de escape de una inteligencia en permanente ebullición, la punzada de un espíritu que necesitaba mezclar lo ideal con lo concreto. El hombre de acción que llevaba dentro se sentía impelido a forjar realidades tangibles y fructíferas y a encontrar en ellas la réplica de las ideas que el estudio y la lectura

le habían inspirado y que su rica experiencia mundial, robustecida por la diplomacia y sus largos períodos en el extranjero, le sugería que había que extender a Chile.

Renunció, así, por una especie de mandato profundo y vital, a disfrutar de los halagos y del ocio que podía procurarle una gran fortuna y redujo al mínimo obligatorio esa exhibición social a que no puede escapar quien desempeña cargos de tan importantes proyecciones públicas. Sin descuidar las obligaciones inherentes a esas funciones, encontró siempre la hora propicia para internarse en sí mismo y desplegar la inquietud de su espíritu en un ámbito de recogimiento y de fecundo silencio.

Para quienes tienen solamente una imagen exterior de don Agustín, lo que más les impresiona es su iniciación tan temprana en la política y en la diplomacia.⁽²⁾

La madurez que distinguió sus resoluciones y consejos, corroboró la impresión que la opinión pública y el ambiente político se habían formado, al verlo actuar como diputado en la Cámara. Estaba hecho para la diplomacia y el manejo de los grandes asuntos nacionales e internacionales y poseía un tacto, un intuitivo don de lo que procedía hacer o había que evitar, que lo hacía necesario en la representación de Chile en el extranjero.

Pronto (1905) fue designado Ministro Plenipotenciario, o sea, lo que hoy equivale al rango Embajador, en España, Italia y Suiza, y tras cuatro años de brillan-

⁽²⁾ A los 22 años (1900) fue elegido diputado por Quillota. Dos años más tarde, ya era Vicepresidente de la Cámara. En 1903, el Presidente Riesco lo designó Canciller. Le correspondió trabajar en el Tratado de Paz y Amistad con Bolivia (1904), y en los trabajos de chilenización de Tacna y Arica.

te desempeño, pasó con idéntica categoría a Londres, donde nos representó durante catorce años, entre 1910 y 1924, en que estalla y concluye la Primera Guerra Mundial.⁽³⁾ Le tocó vivir allí instantes difíciles, de los que extrajo lecciones imperecederas sobre la fragilidad de la paz, la necesidad de pensar en organismos estables que la preservaran y de la importancia de evitar imprudencias que la amenazaran. También en ese período, con su visión tan clara de la economía internacional y nacional, tomó medidas para evacuar de Alemania fondos que tenía allí Chile depositados y que, de no haber sido retirados oportunamente, habrían significado la pérdida total dentro del dramático naufragio del marco alemán. También esos años fueron de gran utilidad para la Armada chilena, cuya modernización y aumento de la flota fueron otra de sus más destacadas e importantes gestiones.

A raíz de la paz, los países envueltos en el conflicto o afectados por él comprendieron que se requería de un organismo permanente destinado a precaver el estallido de futuras guerras y dotado de atribuciones y mecanismos capaces de solucionar pacíficamente las diferencias y los desacuerdos internacionales. Con tal objeto, al firmarse el Tratado de Versalles, se creó la Liga o Sociedad de las Naciones, en cuyo seno le tocó al señor Edwards desempeñar un papel de primera magnitud. Los miembros de la institución valorizaron rápidamente su inteligencia y su versación en economía y en política internacional, por lo que después de destacarlo primeramente en la Comisión de Finanzas, lo condujeron en corto tiempo

⁽³⁾ También representó a Chile en Suecia, durante el periodo en que lo hizo en los otros países europeos mencionados.

a la presidencia de la Asamblea de la Sociedad de Naciones (1922).

No fue ésta un ocasión perdida para el señor Edwards. El avezado diplomático advirtió que pretendía abrirse camino la idea de revisar y desconocer la validez de los tratados internacionales, situación que podía en el futuro envolver el futuro de nuestra república. Con su habitual sagacidad y talento defendió la validez de tales acuerdos y su intangibilidad, por comprometer el honor de los firmantes. Por eso pudo en alguna ocasión decir que Chile había hecho bien en ingresar a esa institución y que ella sería un "baluarte moral, contra el cual habrán de estrellarse en todo tiempo las tentativas de repudiación de los tratados".

Se anticipó también a adivinar que los países latinoamericanos no podían actuar separadamente en sus iniciativas de progreso y expansión, y que su avance estaba íntimamente ligado a una cooperación estable y permanente, concebida dentro de términos en que todos pusieran sus recursos y sus esfuerzos en común y labraran los sistemas de integración que sólo iban a ser reconocidos mucho más tarde. "Las naciones latinoamericanas -sostenía años más tarde en París, ante la Academia Internacional reunida en esa ciudad- llevan en su alma misma, en su raigambre histórica y en sus principios políticos inspiradores, el germen de la Liga de las Naciones, es decir, el espíritu de solidaridad internacional profundo y espontáneo de esos países".⁽⁴⁾

Poseído de tales ideas, trabajó fructuosa y denodadamente en la Conferencia Panamericana de 1923,

⁽⁴⁾ Esta conferencia la dictó el 20 de mayo de 1930 en la Academia Diplomática Internacional de París.

celebrada en Santiago, de la cual fue designado presidente. "Las naciones americanas -puntualizó en esa ocasión el señor Edwards- al reunirse jurídicamente, no entienden que el mundo se divide en compartimentos aislados. Tienen un concepto exacto de la estructura del mundo civilizado y saben que los intereses se buscan y entrelazan a través de los mares y de la distancia, sin sujeción a otras normas que las de la conveniencia recíproca".

En los momentos en que, bajo la primera presidencia de don Arturo Alessandri Palma, se pretendió solucionar con Perú el problema de Tacna y Arica, llamando a un plebiscito que decidiera a qué nación querían pertenecer, el Gobierno chileno le confió su representación, función que desempeñó como Presidente de la Comisión Chilena durante más de un año, afrontando una inteligente, documentada y agobiadora defensa de los intereses y derechos patrios, de los que quedó constancia en los gruesos volúmenes en que se recogieron esos estudios y gestiones.⁽⁵⁾

Los servicios prestados por el señor Edwards hicieron que en 1935 se le designara nuevamente Embajador en Londres, ciudad en que gozaba de un prestigio inigualado. Esas tareas no le impidieron actuar nuevamente en Ginebra en la Liga de las Naciones, donde hizo una fervorosa y elocuente defensa del derecho de asilo, con motivo de haberse refugiado un gran número de ciudadanos españoles en la Embajada chilena en Madrid.

⁽⁵⁾ En 1926 fue publicada su *Memoria presentada al Supremo Gobierno por el miembro representante de Chile en la Comisión Plebiscitaria designada por el Laudo Arbitral*.

Su salud estaba ya resentida. El corazón de este incansable trabajador acusaba quebranto. Por ello pidió que se le relevara de sus responsabilidades y se le aceptara su renuncia, lo que ocurrió en 1938. Su único afán era regresar a la patria nunca olvidada y desde que pisó de nuevo tierra chilena vivió prácticamente en la clausura de su hogar. Luego de un breve viaje en busca de salud y recuperación en Saratoga Springs, retornaba a Chile para morir en 1941.⁽⁶⁾

⁽⁶⁾ Falleció en Santiago el 18 de junio de 1941, en su casa habitación, a las 20.40 horas. Un día antes, al celebrar su cumpleaños, había dicho: "Hoy cumpla sesenta y tres años, la edad en que murió mi madre".

EL PERIODISTA

La familia Edwards había adquirido, como antes se dijo, "El Mercurio" de Valparaíso, en 1877, o sea, cincuenta años después de su fundación y primera aparición.⁽⁷⁾

La actividad y el talento de don Agustín Edwards Ross, que seguía con ello las huellas de su padre, don Agustín Edwards Ossandón, imprimieron al periódico una modernidad y un dinamismo que lo situaron en la primera línea de los diarios del país y a la altura de los mejores de habla castellana. La temprana muerte del señor Edwards Ross traspasó "El Mercurio" a sus hijos Agustín, Carlos y Raúl, con la condición impuesta por el testador, que se ha cumplido invariablemente, de mantenerlo siempre al servicio del progreso nacional. La vocación de escritor del señor Edwards Mac-Clure tuvo aquí la oportunidad de revelarse en toda su amplitud. El diario siguió modernizándose y progresando, convertido ya en el intérprete máximo de la opinión pública chilena.

Pero el señor Edwards comprendía que el diario había alcanzado una dimensión que no podía limitarse sólo a nuestro primer puerto. Por eso, sin disminuir ni hacer perder al diario de Valparaíso su originalidad y la importancia que tan bien había conquistado, fundó

⁷ El 12 de septiembre de 1827.

en Santiago "El Mercurio" de esta ciudad, que apareció por primera vez el 1º de Junio de 1900, o sea, en los albores del siglo.

En su discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua, el señor Edwards hace una inteligente síntesis del periodismo chileno, mencionando también a "El Mercurio" de Valparaíso. Con modestia, calla su labor en Santiago, rindiendo homenaje a la esclarecida falange de escritores chilenos de fuste cuyos nombres están vinculados al viejo periódico porteño. Sarmiento, Mitre, Ambrosio Montt, Isidoro Errázuriz, Benjamín Vicuña Mackenna, Manuel Blanco Cuartín, Miguel Luis Amunátegui, Joaquín Díaz Garcés. Augusto Orrego Luco, Luis Barros Borgoño y Carlos Silva Vildósola, entre otros, reciben el cálido homenaje del nuevo académico.

Con su don innato de conocimiento y valorización de los hombres y de su inteligencia, don Agustín Edwards Mac-Clure escogió desde el primer instante dos colaboradores para Santiago, que fueron con él los forjadores e iniciadores del periódico. Joaquín Díaz Garcés fue uno - había sido su compañero de clases en el colegio San Ignacio- y el otro era Carlos Silva Vildósola, redactor anteriormente de "El Chileno"-, ambos excelentes escritores y maestros del idioma, así como ejemplos de flexibilidad y elegancia mental. Rápidamente el diario de Santiago pasó a ser el primer periódico del país y se cotejó con los principales del mundo hispánico, sitial que conserva y nunca le ha sido discutido.

Pero nada le parecía a don Agustín Edwards suficiente. Poseía una inteligencia desbordante y un dinamismo que buscaba cada vez nuevos campos para desarrollarse.

A ese ímpetu juvenil, que nunca lo abandonó, se deben revistas de la importancia de "Zig-Zag" (1905), "Familia" y, sobre todo, "Pacífico Magazine" (1913), que marcan un hito excepcional en el mundo de los semanarios y revistas nacionales.

"Zig-Zag" había sido imaginado como un suplemento de "El Mercurio", pero adquirió tan rápidamente vida autónoma y forma independiente, que se optó por lanzarlo a la circulación como publicación separada. Para tener una idea de cómo trabajaba y llevaba a cabo sus iniciativas el señor Edwards, baste decir que "Zig-Zag" mereció un viaje especial de éste a los Estados Unidos en 1904, adonde fue, según él mismo confesaba, a buscarlo todo, desde el aprendizaje íntimo de la organización de una empresa de este género hasta la selección de los caracteres de las prensas, las formas de impresión y de reproducción de los grabados e ilustraciones más en boga, las calidades del papel apropiado, las tintas adecuadas y, en fin, todo lo necesario para editar una revista que pudiera parangonarse con las más selectas de los grandes países.

"Pacífico Magazine" representa otra hazaña intelectual, pues allí, con la colaboración de Silva Vildósola y Alberto Edwards y Díaz Garcés, tuvo vida una revista destinada a altos temas culturales, a valiosas evocaciones históricas y a registrar el movimiento de las ideas en los grandes centros europeos. Allí se dieron a conocer las grandes innovaciones en el mundo musical, introducidas por Claude Debussy; la fecundidad de la evolución literaria y el enriquecimiento de las artes plásticas con el influjo de las más modernas corrientes. O sea, "Pacífico Magazine" fue un raro ejemplo de una revista

publicada en el último rincón del mundo que seguía con fidelidad y entusiasmo la considerable revolución estética que ya irrumpía en todos los principales centros intelectuales.

Junto con cuidar primorosamente el contenido de "El Mercurio" y de las revistas citadas, el señor Edwards velaba por que dispusieran de las maquinarias y elementos técnicos más avanzados y por el acopio de informaciones nacionales y extranjeras de primera calidad. A la vez, cuidaba la orientación serena y equilibrada de las noticias y los juicios editoriales, como su temperamento lo exigía, y que han hecho de nuestro periodismo uno de los más inquietos y vigorosos de América.⁽⁸⁾

⁽⁸⁾ Su contribución al periodismo chileno es inmensa. Sólo en fundaciones de medios de prensa, amén de los mentados, se recuerdan: "Las Últimas Noticias" (1902); "El Mercurio" de Antofagasta (1906); La Estrella, Valparaíso (1921); "La Prensa", de Tocopilla (1924); "La Segunda" (1931); los periódicos: "El Sol"; "La noche", al promediar los años veinte; y las revistas: "Selecta" (1909); "Corre Vuela" (1908); "El Peneca" (1908); Familia (1914) (revista para la mujer); Almanagues de Zig Zag. En 1902 intentó fundar El Mercurio, en Concepción, proyecto que no concretó. Desde luego, esta nómina no es exhaustiva. El periodista Homero Bascañán escribió varios artículos acerca del aporte al periodismo de parte de Edwards Mac-Clure.

EL ESCRITOR Y EL HISTORIADOR

La lejanía de la patria, la perspectiva que establece la distancia y, sobre todo, la nostalgia que despierta en el que se ausenta de ella, indujeron a don Agustín Edwards a evocar la historia de Chile y a bosquejar una serie de volúmenes en que se narran el amanecer balbuciente de la patria, su afirmación paulatina en las primeras etapas en que intentaba darse una forma independiente y su afloramiento en la estabilidad de las presidencias que, a partir de Prieto y Portales, hacen de Chile una república inimitable en el convulso y agitado mundo americano, sacudido por sucesivos caudillismos.

Mi Tierra, Gentes de Antaño y El Alba,^(*) constituyen una trilogía que describe las características geográficas, el pasado, los rasgos dominantes de la raza y, en fin, la trayectoria de un país que en los estrechos límites de un territorio, en uno de los extremos del Globo, logra darse la forma de una nación sólidamente trabada y plenamente consciente de sus objetivos y su destino.

El primero constituye una verdadera excursión a lo largo del pretérito y de la accidentada geografía del

(*) En "La técnica del filme aplicado a la historia", disertación de 1928, considera el nuevo lenguaje como posibilidad cierta de exponer la historia, aunque previene del vacío que pudiere representar la ausencia de un lenguaje rico en expresión y en nociones.

país. Con prolijidad y hondo amor al terruño, fija las condiciones en que éste surge. “Encerrado -dice- entre la muralla ciclópea de la Cordillera de los Andes, la espina dorsal del continente americano, y el mar extenso que extiende sus aguas por todas las latitudes del Globo y baña con ellas comarcas habitadas por todas las razas humanas, que la etnología conoce, el pueblo de Chile ha crecido mirando los obstáculos que le separaban de los demás pueblos y sintiendo que debía buscar dentro de sí mismo los medios y las fuerzas para mantenerse y progresar. Su posición geográfica le daba, por una parte, ciertas seguridades naturales contra agresiones y, por otra, lo aislaba del contacto obligado para dejarlo únicamente sujeto a los contactos buscados con afán y conseguidos con sacrificio”. El país está relegado a un rincón casi perdido del hemisferio, por lo que todo lo impulsa a crear su propia forma, a escoger sus vinculaciones, a emerger de sus propias entrañas. En suma, he aquí una nación aprisionada por su conformación y ubicación natural, pero que, a impulsos de su orgullo y de su conciencia indomable, forja su personalísimo destino y resulta siendo el hijo de su obstinada porfía. La obra recorre morosa y amorosamente cada punto del territorio. Primero son las “soledades fecundas” de un norte árido, pero rico en materias minerales ocultas en la montaña y diseminadas por las planicies de sus desiertos. Luego percibimos la “cuna de Chile”, como él bautiza a Coquimbo, Aconcagua, Valparaíso, Santiago y el Valle Central, donde se concentran las minas del norte verde, la fecundidad agrícola de Aconcagua, con su esplendor vegetal; la belleza y amplitud, abierta a todos los horizontes, de Valparaíso, con sus valles interiores, su noble historial de esfuerzo y empuje y su rica

tradición extranjera; Santiago con sus bellezas y la evolución de la ciudad colonial a la urbe moderna, y el valle central con sus tierras pródigas y feraces. Después vendrá la "selva domada", desde Concepción y Biobío hasta la región de los lagos, donde se encuentra el carbón y se extienden las comarcas de la Araucanía, en que la acción del hombre ha ido domesticando poco a poco a la naturaleza bravía. Chiloé y sus canales y Magallanes y Tierra del Fuego constituirán la "tierra y el mar entrelazados", las nupcias de una naturaleza caprichosa y monumental, que el hombre ha debido hacer suya a base de sacrificios y enérgicas tensiones. Juan Fernández y Pascua son, en fin, los "centinelas solitarios del Pacífico", que montan silenciosa y misteriosa guardia en torno al territorio.

Cierra la obra una clara y lúcida síntesis de "las regiones del pensamiento", con apuntes sobrios y precisos que se abren a la evocación de nuestra literatura, desde las primeras creaciones épicas, la formación de las letras chilenas, con la ancha huella de Andrés Bello, los historiadores, novelistas, sociólogos y poetas, culminando con el recuerdo de Gabriela Mistral.

Gentes de Antaño, en cambio, abandona este estilo y se desentiende de la técnica narrativa tradicional y sistematizada por el hilo conductor de una secuencia lógica, para evocar, mediante un procedimiento flexible, hecho de grandes pinceladas, escenas libres y desenvueltas, las razas aborígenes, sus costumbres, la sucesión de los descubridores, los conquistadores y los gobernadores españoles, hasta llegar al estertor final de la Colonia. Se ha querido ver, y con razón, en este desarrollo de la obra, la aplicación de una verdadera técnica cinematográfica, que acumula y asocia imágenes, que deja fluir la corriente de las escenas, hasta for-

mar con ellas un total que nos ponga en contacto directo con el pretérito vivido y personificado. Los cuadros se enlazan interiormente como grandes episodios autónomos. Predominan, en fin, sobre el relato y la ordenación documental, encadenándose en secuencias que imprimen al texto con su flexibilidad una animación seductora, encargada de dejarnos a las puertas de **El Alba**.

En esta nueva obra asistimos, otra vez en forma sistemática al nacimiento del sentimiento criollo, a la absorción del español y sus descendientes por la tierra en que habitan o han visto la primera luz de su nacimiento. Cruzan por estas páginas los días y las horas en que madura la idea de la emancipación, el grito de la independencia, y se llega a la voluntad de la liberación. La Patria Vieja, la Reconquista española, la gesta grandiosa de la Patria Nueva, que se modela en Chacabuco y Maipo, adquieren, dentro de su severidad, un contorno dramático que atrae por su viveza y su sobriedad. En forma ecuánime analiza la labor de los hermanos Carrera, el Directorio de Bernardo O'Higgins, la efervescencia de los años que siguen a su abdicación y las convulsiones que agitan a Chile hasta el advenimiento de Prieto y de Portales, para terminar con la reconstitución y el final del período del General y Presidente de Chile. Es una obra didáctica, diáfana, sencilla. Como él mismo se adelanta a declarar, "mi labor ha sido más de condensación que de descubrimiento, de dar colorido a dibujos ya diseñados que no de pintar cuadros históricos originales, de poner al alcance de la gran masa, en sus grandes líneas y en lenguaje que se deja leer sin grandes esfuerzos mentales de concentración, lo que otros han narrado en forma más docta y más clásica y con detalles que

revelan una preparación científica y literaria que no podemos ni pretendemos alcanzar los que no hemos dedicado, como ellos, una vida entera a las letras y a la investigación histórica”.

De otra índole es su obra, a nuestro juicio, la principal, que titula **Cuatro Presidentes de Chile**. Con idéntica sencillez y claridad, añadida a una documentación copiosa, pero disimulada por la simplicidad y la transparencia de la síntesis, describe y explica los gobiernos del general Bulnes, de Manuel Montt, de José Joaquín Pérez y de Federico Errázuriz Zañartu. El análisis de cada uno de estos gobiernos está hecho con penetración y ecuanimidad, y para ello se consideran su labor política, los conflictos externos, como en el Gobierno de Bulnes, los intentos revolucionarios bajo la presidencia Montt, celoso mantenedor del principio de la autoridad severa e impersonal, el apaciguamiento que acompaña al período de Pérez, interrumpido por la guerra absurda de España contra su antigua colonia. En el segundo volumen de la extensa obra se analizan las reformas constitucionales del último Gobierno de los decenios, hasta finalizar en el análisis de la presidencia Errázuriz Zañartu, su alianza y su ruptura con los conservadores y la coexistencia paradójica de un progreso material y un desequilibrio económico creciente. En todos estos análisis demuestra el señor Edwards su acabado conocimiento de los asuntos financieros y económicos y su percepción de los comienzos de la erosión del sistema de Gobierno por la irrupción de las ambiciones y las querellas partidistas. La obra termina con la elección del Presidente Pinto.

El criterio histórico adoptado por el señor Edwards en esta obra fluye de la frase Montaigne, que

sirve de epígrafe a los volúmenes. "Je n'enseigne point, je raconte". No enseñó nada, relato.⁽⁹⁾

⁽⁹⁾ Una revisión de sus cualidades de estudioso de la historia la hizo don Guillermo Feliú Cruz, en sesión solemne de la Academia Chilena de la Historia, el 5 de agosto de 1941. Existe separata. Al mismo autor se debe "Obra literaria e histórica de Don Agustín Edwards Mac-Clure" publicado en El Mercurio de Santiago, el 20 de junio de 1971. Aporte similar, aunque más amplio respecto de los libros de Edwards, se halla en el discurso de recepción que le ofreciera en la Academia Chilena de la Lengua, don Luis Barros Borgoño. También es interesante el trabajo de don Guillermo Izquierdo Araya: "El pensamiento político de don Agustín Edwards", ubicable en "Boletín de la Academia Chilena de la Historia" N.90, años XLIV-XLV, 1977-1978, pp221-231.

EL EDUCADOR Y EL ACADÉMICO

La vastedad de la acción del señor Edwards y los campos tan variados que ocuparon su atención le valieron innumerables honores y distinciones. A las condecoraciones diplomáticas más altas del Imperio Británico, de los Gobiernos de Italia, de España, de Suecia, de Polonia, de Francia y de Grecia, se suma una especialísima: la Gran Cruz de la Espiga de Oro, otorgada por el Gobierno chino, lo que demuestra hasta dónde llegaba el prestigio y el reconocimiento de la labor de este ínclito chileno.

Como periodista fue distinguido en 1940, un año antes de su muerte, con el Premio Moors Cabot que la Universidad de Columbia otorga a los hombres de prensa que más inteligente e intensamente hayan trabajado por el estrechamiento de las vinculaciones y la amistad de su país natal con Estados Unidos.

Pero una auténtica semblanza de don Agustín Edwards necesita considerar, en su debida jerarquía, la labor educacional que llevó a cabo. Don Federico Santa María, hombre de gran fortuna, dejó ésta en forma de legado para constituir una universidad técnica que educara a los chilenos de todas las categorías en el conocimiento y el empleo de la tecnología que ya entonces empezaba a mostrar sus futuras proyecciones. No quería instituciones universitarias de tipo tradicional sino que, adivinando el futuro del país, pretendió que en Valparaíso, centro comercial, el más importan-

te de Chile, se creara una entidad docente en que se enseñara la tecnología más avanzada. Pretendía con ello abrir nuevos horizontes a la juventud, y dotar a su patria de elementos competentes que trabajaran o formaran empresas de índole industrial, que respondieran a los niveles más exigentes de estos tiempos. Añadir cómo esta idea germinal, conversada acaso por el propio señor Santa María con don Agustín Edwards en París, tomó un intenso y acelerado desarrollo, hasta convertirse en la Universidad de que hoy se enorgullecen Chile y Valparaíso, es señalar otro ángulo de la obra del señor Edwards. En su mente alerta vio que el futuro exigía la industrialización chilena, la transformación de sus riquezas en productos manufacturados en su propio territorio, a la vez que comprendió que los efectos de la post-guerra y la modificación del equilibrio de las condiciones mundiales debían conferir a América latina en general y a Chile en particular, un papel sustantivo que exigía estar preparado para asumirlo sin tardanza.

Dedicó éste, por tanto, un esfuerzo gigantesco a la ejecución de la voluntad del fundador, cuya vida narró posteriormente en una interesante biografía. Los bienes adscritos a esa finalidad permitieron la edificación de los claustros actuales, que son el espléndido ejemplo de una iniciativa encomiable. Equipó a la universidad con los más modernos elementos conocidos en esa época y buscó el mejor profesorado de las especialidades en el extranjero, al que contrató en Alemania para dar vida y forma a la institución. Al proceder así, el señor Edwards no olvidó que, aun cuando la Universidad tenía una función eminentemente científico-técnica, debía armonizarla con el cuidado de la cultura superior. Por eso la dotó de un paraninfo apro-

piado para la presentación de los más exigentes espectáculos artísticos, en que se ofrecieron conciertos, presentaciones de ballet y de teatro de la más alta categoría. Poco antes de morir, y cuando su salud apenas le daba energías, el propio señor Edwards inauguró una célebre serie de conciertos que involucraba las nueve sinfonías de Beethoven y que condujo en forma inolvidable el gran director alemán Erich Kleiber. Erguido, marcado ya por los estragos de la enfermedad, el señor Edwards pronunció en el momento inicial un discurso que sorprendió por el amplio conocimiento de la obra beethoveniana y su celo por que este sector de la cultura complementara la enseñanza tecnológica que impartía la entidad.⁽¹⁰⁾

Tampoco podían pasar inadvertidos sus estudios históricos y literarios. Por eso la Academia de la Historia lo designó miembro de número y, en muchas ocasiones, tanto ella como el Gobierno le encomendaron importantes misiones en congresos sobre la materia.

La Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, lo designó a su vez miembro de número y a ella se incorporó en el sillón dejado vacante por la desaparición de don Eliodoro Yáñez. En el discurso del señor Edwards queda trazado un retrato intelectual justo y armonioso de su antecesor, a la vez que, con ese motivo, se recoge una historia de la génesis y del desarrollo del periodismo en Chile.

El discurso del señor Edwards terminaba celebrando las excelencias de la lengua madre, con estas

⁽¹⁰⁾ Dedicó sus energías a la fundación y construcción de esta universidad entre los años 1924 y 1932, aproximadamente, entre muchas otras obras de beneficio público.

palabras: "De cuna nebulosa, la lengua española se inficionó de vocablos de origen teutónico durante la conquista de los visigodos, de vocablos orientales con la conquista mora, y dentro del mismo castellano brotaron dialectos como el asturiano, el navarro-aragonés y el andaluz".⁽¹¹⁾

"En la época contemporánea, la América española ha difundido el uso de vocablos de origen aimará, quechua, azteca y otros, y el castellano se ha enriquecido con términos indígenas. Todo este abigarrado conjunto en mano de autoridades individuales se habría desparramado en mil direcciones diversas, y en vez de la lengua clásica que nos ha dado la Academia Española, en su Diccionario abierto siempre a la evolución ordenada, como lo comprueba la adopción constante de nuevas palabras, especialmente de origen americano, tendríamos dialectos descoyuntados y anticlásicos, que nos llevarían seguramente a perder el vínculo más fuerte, más bello y melodioso que une a los pueblos de América entre sí y con la Madre Patria: la lengua común en que balbuceamos las primeras plegarias de nuestra infancia y encomendamos quedamente nuestra alma a Dios en el instante supremo".

De otra categoría es el discurso, pleno de ingenio, escrito y leído en francés, al ser recibido como miembro de la Academia del Buen Gusto, en París, donde dio una magistral lección de conocimiento de los misterios y glorias de la cocina, elevándola a la ca-

⁽¹¹⁾ Discurso pronunciado el 9 de julio de 1933.

tegoría de un arte de la alimentación y redimiéndola de la simple y subalterna obligación de nutrirnos y restaurar nuestras energías.⁽¹²⁾

⁽¹²⁾ Se sabe que Agustín Edwards Mac-Clure fue un experto gastrónomo, también. Fue recibido en la Academia de psicólogos del buen gusto, en París, en calidad de Miembro correspondiente de la Orden, el 26 de febrero de 1929. Respecto de esta área del saber escribió el prólogo para el libro *La buena mesa*, de Olga Budge, su esposa.

UN CENTENARIO EJEMPLAR

Celebrar cien años de una vida singular,^(***) implica emprender el intento de mostrar los rasgos más sobresalientes de ésta. La de don Agustín Edwards cubre un horizonte tan vasto, abarca mundos y actividades tan diferentes, que obliga al que la aborda a sentirse, en cierto modo, oprimido por la riqueza y diferenciación del material, y por el poderío de la inteligencia que logró y supo administrar tan inmenso venero y ocupar un lugar prominente en cada uno de sus aspectos. Faltará, quizás, en esta evocación recordar con la debida amplitud al hombre de negocios, al impulsor de empresas, al jefe modelo que educaba con el ejemplo de su trabajo abrumador e ininterrumpido y al hombre que supo exaltar su talento sin vanidad y sin falsas soberbias.⁽¹³⁾

(***) Puede consultarse *Apuntes biográficos de don Agustín Edwards Mac Clure*. (Santiago, 1943), de Francisco Latorre y Manuel Marchant.

(13) Según el historiador don Guillermo Donoso Vergara, en un discurso homenaje rendido en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, el 4 de julio de 1978, y publicado en *El Mercurio* el 14 de julio de aquel año, se le deben a Edwards Mac-Clure, buena parte de la concreción del ferrocarril trasandino por Uspallata; el impulso de extender líneas férreas a lo largo de Chile; su proposición de crear el Tribunal calificador de elecciones; la representación chilena en Londres, junto a don José Toribio Medina, de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en 1912, lo mismo que en Oslo (Noruega), en 1928; bregó por la educación popular; mostró la necesidad de legislar acerca de los accidentes del trabajo y de la reglamentación del trabajo de las mujeres y de los niños; presentó un proyecto de ley para

Todo lo identifica, sin embargo, en una sola expresión. En cuanta obra escribió o tarea tomó a su cargo, fuera en Chile o en el exterior, don Agustín Edwards mostró una personalidad de excepción y de nostálgico enamorado de su tierra natal.

Perseguido por la envidia, que no perdona que la riqueza, el talento, el brillo y el triunfo se unan para urdir la trama de una existencia, sufrió días de amargura, de exilio y de persecución. Se expatrió y vivió fuera de su tierra sin que de sus labios brotara una protesta injusta o una expresión denigratoria para quienes así lo habían tratado. Regresó un día, pasada la tempestad, a su país, y aquí, en un homenaje extraordinario que se le ofreciera en el recinto del Club Hípico de Santiago, recibió el aprecio de las figuras más destacadas de la política, el periodismo y la cultura chilenas.⁽¹⁴⁾

contratar un empréstito para financiar un plan habitacional en el país: medió en el conflicto entre el Ejército y la Marina, que pudo ser catastrófico para el país, en 1925; contribuyó a la creación de la Academia de la Historia, de la que fue su primer presidente.

⁽¹⁴⁾ El dramaturgo y estudioso del folklore Antonio Acevedo Hernández, entregó su apreciación de Edwards en un famoso artículo, del cual reproducimos un fragmento: "A través de su vida de larga trayectoria se han tejido las más feroces leyendas. De ningún hombre se han dicho más mentiras que de éste. Lo conocí de cerca. Lo vi trabajar en su biblioteca. Me di cuenta de su inmensa cultura, de su amor al arte. Lo vi atender a cuantos se acercaron a él. Oí sus palabras, sentí sus ansias de nacionalidad, sus deseos de hacer una obra histórica duradera. Jamás sus labios protestaron contra las injusticias. El plano en que nació, el escenario en que actuaba, determinaba sus acciones. El tenía su concepto propio de la marcha del país. Trataba de penetrar en los ambientes hostiles y demostrar que sus sentimientos eran mal interpretados. Sabía que el mundo grande, el mundo de la gente que piensa dentro y fuera del país, lo aplaudía. Sabía que su aporte humano era valioso y no hacía caso de las pequeñeces. Su obra estaba allí, de pie, proyectándose hacia el porvenir, forjando el presente. Estaba más allá de la

A pesar de los honores que le colmaron, el señor Edwards fue, sobre todas las cosas, un enamorado de su país y un servidor real y eximio en cuanto a ella se refiriese.⁽¹⁵⁾

Por ello se empeñó en honrarla con lo mejor de su inteligencia y energía, imponiéndose deberes y exigiéndose sacrificios que nunca rehusó cuando estaba de por medio el prestigio de Chile. Esta consagración al interés público minó tempranamente su salud y produjo una enfermedad que había de terminar prematuramente con sus días.

insidia y del dicitario. Acaso alguna vez se equivocó. Nada hay más humano...”, cit. por Homero Bascañán en “El visionario innovador del periodismo chileno”, “Las Últimas Noticias”, 15 de noviembre, 1976.

⁽¹⁵⁾ Otro ejemplo de su espíritu de servicio a la comunidad fue su desempeño, junto a don Santiago Lyon, del cargo de Subadministrado del Hospital San Juan de Dios, de Valparaíso.

SELECCIÓN DE TEXTOS

Aunque numerosas, las obras de don Agustín Edwards Mac-Clure están lejos del acceso lector. Hoy no existe texto alguno de él en librerías. A modo de una muy modesta selección, ofrecemos algunas páginas de él.

1. NARRACIÓN LITERARIA

Cascabel N.2

"Las cosas que dijo Doña Mielosa"

Muy pronto corrió por toda la comarca la noticia de la llegada de Juan Esparraguito y oyó contar el cuento una vieja incorregible, chismosa, a quien ya se le había incendiado la casa en que vivía, construida toda entera de espinas secas y hortigas, esa planta que nadie puede tocar sin que le salgan ronchas, por las muchas infamias que inventaba. La última vez había hecho explosión la casa con unas calumnias incendiarias que había levantado, y a un bombero se le pegó una hortiga en las asentaderas y a otro se le clavaron varias espinas debajo de los brazos porque entre los dos entraron a la casa en el momento en que hacía explosión a salvar a una niña de cinco años a quien la vieja martirizaba.

Doña Mielosa Lágrima de Suspirada se llamaba aquella vieja, viuda de nacimiento, porque sus padres

antes que naciera la habían prometido en matrimonio a unos amigos que tenían un hijo llamado Hilario Cosquilla, pero a quien la gente llamaba "Carcajada" por lo mucho que se reía hasta sin asunto. Cuando Mielosa estuvo en estado de casarse y vio a su novio riéndose tanto, se largó a llorar sin consuelo y le vino un hipo armonioso y acompasado que le cortó el habla y la respiración. Cuando quiso llamar a su novio por su nombre e intentó decirle ¡Hilario! No pudo decir más que ¡Hip! ¡Hip! Y el novio, después de tantos años en que se reía sin motivo, comenzó a expeler unas carcajadas perfectamente inteligentes y adecuadas a las circunstancias. Y mientras Mielosa comenzaba entre hipo e hipo a dar verdaderos berridos de llanto, Carcajada se retorció riéndose como si le hubiese dado un ataque. Y a punta de risas de él y de hipos de ella se cortó el matrimonio. Mielosa quedó agriada y la gente no la llamaba viuda de nacimiento sino solterona.

Con ella vivía la niña que los bomberos habían salvado del último incendio. Serena Gota de Rocío se llamaba. Era rubia, preciosa, buena como un ángel, inteligente, estudiosa. Tocaba el piano primorosamente, a veces a cuatro manos y sola. En esos casos apurados usaba sus piecitos tan lindos como sus manitas y nadie se apercibía que no eran cuatro manos. Es que su madre era japonesa, y en el Japón, su tierra, le enseñan a los niños a servirse de los pies como de las manos. Tenía un oído tan fino que distinguía si una mosca zumbaba con voz de contralto o con voz de soprano, y como conocía todas las músicas, hasta las de los jilgueros, canarios, ruiseñores, cukooes, ranas, gallos, cacatúas y zancudos, ninguna mosca podía desentonar sin que Serena aborreciese los desentonos de las mentiras, los chirridos aborrecibles de la calumnia, el

rechinamiento destemplado de los chismes. Doña Mielosa, que adoraba todas esas desvergüenzas, la había recogido cuando su madre, que trabajaba en un circo, había muerto, y lo hizo de puro hipócrita, para que la gente repitiera como cosas buenas salidas de su casa las que Serena decía y como invenciones de la gente que la quería mal las maldades de ella misma. Y a Serena Gota de Rocío la martirizaba sin pegarle, con las infamias que echaba a correr. También había querido doña Mielosa que la gente creyese que era viuda de verdad y no de nacimiento y que Serena Gota de Rocío era hija suya. Pero a nadie engañaba, porque de tanta maldad y espanto no podía haber salido tanta bondad y belleza.

A oídos de doña Mielosa llegó, como se ha dicho, la noticia del nacimiento de Juan Esparraguito. La incomodó mucho que don Astroberto Bertebino de la Flor Mustia Esparragón Frondoso y doña Primorosa Fecunda Hortaliza Rozagante y Migajuda tuvieran un gusto tan grande y les llegara un hijo que todos reconocían como de ellos, cuando a ella nadie le quería creer. Y más rabiosa se puso todavía cuando Serena Gota de Rocío comenzó, de gusto, a tocar en el piano una canción alegre y tierna.

—Debías tocar el ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! en vez de esos aires empalagoso, —decía doña Mielosa respingando la nariz con una mueca de chimpancé con dolor de muelas. —¿No sabes que Esparraguito no es hijo de Astroberto y Primorosa sino una creación diabólica de Copucha en connivencia con Satanás? ¡Fíjate que es medio verde como los grabados del Diablo!

—¡Madrastra Mielosa! —suplivaba Serena, — no digas esas cosas tan feas y tan malas. Mira que Dios te puede castigar.

Y dicho y hecho, por decir tamaña desvergüenza le salió caspa en las cejas y una erupción en la lengua y se puso más fea y malvada que nunca.

Serena Gota de Rocío se puso un vestido precioso de encajes de oro salpicado de unos brillantes chiquitos, como su nombre. Del cajón de una cómoda diminuta, sacó dos cisnes de goma, de esos que se inflan, un canastillo hecho de varillitas de plata que brillaba, dos espejos redondos con un marco de perlas y una varillita de oro. Doña Mielosa, echando sapos y culebras por la boca, se había tirado de cabeza al baño lleno de barro mal oliente para refrescarse, porque así era ella y solo se le pasaba la rabia con las hediondeces, y no vio los preparativos que hacía Serena Gota de Rocío.

Al canastillo Serena le atravesó por debajo la varillita de oro y se la amarró con unos cordoncitos de seda púrpura. En los dos extremos de la varillita ajustó los espejos redondos con marcos de perlas. Fabricó así un carrito maravilloso, que brillaba al sol lo mismo que la belleza y la bondad de Serena. Enseguida comenzó a soplar los cisnes y éstos a hincharse e hincharse hasta que quedaron de tamaño natural. Con los mismos cordoncitos de seda púrpura les hizo unos arneses llenos de borlas y trenzados y los ató al carrito maravilloso. Pero no volaban, porque eran de goma. Serena se hincó, juntó las manitas y con una sonrisa de querubín rezó así: "Ángel de mi guarda, tú que todo lo puedes, dame este gusto; déjame ir a ver a Esparraguito y haz que los cisnes vuelen conmigo en el espacio de un pensamiento hasta la casita de los cubos de mil colores." Y el Ángel de la Guarda, que siempre, siempre le da a los niños buenos lo que piden cuando, como en este caso, es algo bueno, sin que nadie lo

viera tocó con la punta de una de sus alas de lamas de oro la cabecita de los cisnes de goma y éstos movieron los ojitos, abrieron el pico, aletearon y corrieron por los espacios llevando a Serena sentadita en el canastillo. Y los jilgueros y canarios y ruiseñores gorgojeaban de alegría con las músicas que Serena se sabía de memoria. En menos de un pensamiento llegó a la casita de los mil cubos de colores. En un prado de azucenas escondió el carrito mientras las mariposas revoloteaban en millares alrededor. Serena, en puntillas, se acercó a la cuna de pétalos de rosa en que Esparraguito dormía su primer sueño. Vio que tenía un lunarcito igual al de don Astroberto y unas vegetaciones idénticas a las de doña Primorosa, que su semblante era angelical a pesar de su tez amarillo subido y que sonreía como si escuchase músicas celestiales. Ni don Astroberto que dormía, ni doña Primorosa que cocinaba en la pieza de al lado, la vieron, y dándole un beso en la frente, dulce como un caramelo y suave como crema de almendras, salió Serena escapada, se subió a su carrito y voló de vuelta a la casa ingrata de las hortigas y espinas. Desinfló los cisnes, que quedaron como juguetes otra vez, desarmó el carrito, guardó cada cosa en su lugar y se puso a tocar en el piano a cuatro manos una canción burlona.

Doña Mielosa, sacudiendo la cabeza y haciendo saltar barro hediondo en todas las direcciones, gritó destempladamente:

—Eso está mejor, Serena. Hay que burlarse de Astroberto y de Primorosa porque Copucha se ha reído de ellos haciéndoles creer que Esparraguito es su hijo.

Y Serena, que era la bondad misma y tocaba aquella canción para burlarse de los que creían la necedad

que doña Mielosa había echado a correr, no quiso decirle lo que merecía y supo callarse en medio de tan desvergonzada provocación.

—Yo sé ahora—suspiraba Serena—que Esparraguito es la bendición que el cielo le ha enviado a don Astroberto y a doña Primorosa. ¿De dónde habría sacado ese lunarcito si no fueses hijo de él, ni esas vegetaciones si no fuese hijo de ella, ni esa sonrisa angelical si no fuese un don del cielo?

(Aventuras de Juan Esparraguito o el niño casi legumbre), 1930.

2. MEMORIA

"El nacimiento de Zig Zag"

Comienza el año y el verano de 1904. Joaquín Díaz Garcés, Carlos Silva Vildósola, Alberto Edawrds y Humberto Fernández Godoy deliberan conmigo, en mi escritorio de "El Mercurio" de Santiago, sobre la fundación de una revista ilustrada semanal a guisa de apéndice del diario, que ya lleva en la capital cerca de cuatro años de existencia, de los cuales dos cumplidos con atavíos modernos.

La audaz empresa de transformar la prensa diaria, substituyendo aquellos inmensos diarios de dos hojas desmesuradas con un formato como el actual y mayor número de páginas había alcanzado éxito completo. ¿Por qué no seguir adelante con algo análogo en el género de las revistas ilustradas, casi desconocidas en Chile, a menos que se tuviese la osadía de considerar como tales aquellos panfletos groseros en su lenguaje y burdos en su presentación tipográfica que se llamaban periódicos de caricaturas? ¿No parecía que el país comenzaba ya a despertar a nuevas y mayores exigencias en sus necesidades intelectuales, y que ya no se satisfacía con que de vez en cuando apareciesen, por contados espacios de tiempo, meritorios, pero fugaces, semanarios editados por grupos de hombres que amaban las letras y el arte, y comprendían el vacío y con gran sacrificio trataban de llenarlo?

Acaso un suplemento semanal ilustrado de "El Mercurio" no impreso en rotativas ni en bobinas de papel de imprenta, sino meticulosamente en papel satinado y en prensas planas, llenaría el vacío. Tal fue la primera semilla que germinó en la planta de "Zig Zag".

Y como éramos jóvenes, no pensamos en los obstáculos y pusimos manos a la obra con desdén profundo por los detalles, y en una encantadora y supina inconsciencia de la magnitud de la empresa.

Antes que nuestra creación sorpresiva viniese al mundo discutimos fervorosamente el nombre con que la bautizaríamos. Pasamos en lista centenares, cursis unos, presuntuosos otros, vulgares, cómicos, trágicos, intencionados, insulsos. En medio de aquel laberinto de proposiciones, entre las cuales se deslizaban sin lastimarnos las burlas ingeniosas de Joaquín Díaz Garcés, divagábamos en los aires sin aterrizar. Convinimos, por fin, en formar listas de nombres y someterlas algunas horas después a votación entre nosotros mismos. Así lo hicimos. Figuraba en mi lista la palabra "Zig Zag". ¿Por qué? Lo ignoro. ¿Figuraría en el diccionario de la Academia? Y leímos: "zigzag, serie de líneas que forman entre sí alternativamente ángulos entrantes y salientes". No estaba mal aquella vaguedad comodísima para darle a la revista el sesgo que más le acomodase al público. Y el grupo de progenitores resolvió solemnemente bautizarla así.

La elección de un nombre no bastaba para asegurar la realización de una idea. No había en Chile ni elementos humanos ni medios mecánicos para editar e imprimir la revista con que nuestra ambición soñaba. Era necesario salir a buscarlos a otras tierras. Y como en el caso de la modernización de "El Mercurio", partí a los Estados Unidos de América a buscarlo todo, comenzando por el aprendizaje íntimo de la organización de una empresa de este género. Poco más de un mes después de esta reunión, allá por el 23 de febrero de 1904, salía para Nueva York, llevando las más rudimentarias ideas sobre la manera de producir una revista ilustrada. Mis conocimientos se reducían al, pla-

cer que siempre experimentaba al recorrer las páginas de las más reputadas en el mundo, como el "Sketch", el "Tatler", el "Illustrated London News", o "L' Illustration Francaise" o, en los Estados Unidos de América, el "Colliers Magazine" o el "Ladies Home Journal".

Hacia fines de marzo de 1904, llegaba a la ciudad de los rascacielos y comenzaba a visitar los talleres más renombrados en que se imprimían las mejores revistas ilustradas. Sólo entonces medía la profundidad de nuestra ignorancia, la pobreza de nuestros medios y el atrevimiento de nuestra empresa.

Hube de guardar cuidadosamente para que no se burlaran de nosotros, una lista formada antes de partir con Joaquín Díaz Garcés, de aquellos elementos que creíamos suficientes para imprimir el "Zig Zag". Al compararla en Nueva York con la factura de lño que adquirí, me sonreí de mala gana.

¿Qué clase de papel necesitaríamos? ¿Una sola clase o varias, según se tratase de texto, de grabados, de tapas o de avisos? ¿Qué clase de tinta? ¿Qué clase de prensas de imprimir? ¿Qué máquinas de doblar? ¿Cuáles de coser? ¿Cuáles de cortar? ¿Adoptaríamos estereotipia tan sólo, o se hacía indispensable una instalación más costosa de electrotipia? ¿Nos bastaba para nuestros clisés con planchas de zinc o necesitábamos planchas de cobre? ¿Tendríamos un dibujante extranjero de renombre, contratado especialmente, o podíamos valernos de los talentos criollos de Santiago? ¿Contrataríamos un técnico para dirigir todo aquello, o bastaba con nuestros profesionales prácticos en impresiones? ¿Qué clase de propaganda íbamos a hacer? ¿Dónde nos íbamos a instalar? ¿Podíamos comprar maquinarias sin saber dónde se armarían, o compraríamos

una propiedad para instalarlas antes de saber cuántas máquinas necesitaríamos y cuánto espacio ocupaban? Y poco a poco en el barullo de Nueva York, entre visitas al "Ladies Home Journal", al "Colliers Weekly" y a otros de los establecimientos más renombrados, fueron apareciendo las soluciones como por generación espontánea.

¿Por dónde comenzar? ¿Por qué no por el tipo de prensas? Sobre algo debía apoyarse la vasta construcción de planes.

Las prensas más populares y difundidas en aquella época eran las Cottrell; en ellas se imprimían casi todas las revistas americanas. Una tarde, visitando talleres, vi al lado de esas prensas otras que llevaban el nombre de "Miehle". No las había oído mencionar. Me llamaron la atención por su acabada y sólida estructura y lo silencioso de su funcionamiento, y pedí su opinión a los obreros que las manejaban. No tuvieron empacho en decirme que las consideraban superiores a las demás, y que en poco tiempo no se imprimiría en otras en los establecimientos de primera clase. Y quedaron adoptadas las prensas Miehle.

Creíamos entonces que la circulación de la revista llegaría a unos treinta mil ejemplares. Sobre esa base tres prensas bastaban. ¡Qué lejos estábamos de la realidad! Después de los tres primeros números, "Zig Zag" llegó a tener cincuenta mil ejemplares de circulación; y a principios de abril de 1905, cuando todavía no llevaba dos meses de existencia, se hizo necesario duplicar las prensas Miehle aparte de una Babcock Standard Drum Cylinder Press y otra Chandler y Price Gordon Press.

Adquiridas las prensas, surgió el grave problema de ajustar a dichas prensas máquinas dobladoras

de pliegos. Unas dobladoras "Dexter" aparecían como las mejores, pero alguien debía garantizar el ajuste y funcionamiento perfecto de dos máquinas suministradas por distintos fabricantes, por manera que Miehle no culpase a Dexter de una mala impresión, o éste a Miehle de una mala dobladura. ¡Qué difícil es ajustar responsabilidades! Me pareció más grave que ajustar los engranajes finísimos de un cronómetro. Y, además, conocimientos tan rudimentarios como los míos me magnificaban estas complicaciones. Un libro que acababa de aparecer entonces, intitulado "Problems of Pressmanship", me dio cierta luz sobre la tarea que me había impuesto. Pero, ¡qué luz siniestra! El libro de marras me llenó la de algunos técnicos americanos que trajo en mi ayuda M. George Duval, a quien la fundación de "Zig Zag" le debe más de lo que se imagina el público, pudo mucho más que mis lecturas.

Teníamos prensas. Llegaba el momento de abordar la cuestión considerable de los suministros de papel y, por ende, del formato y tipo de la revista. El gran público de la época no podía pagar altos precios por una revista. Era indispensable, pues, limitarse a un costo que no restringiese excesivamente la circulación.

Manojos incontables de muestras de papel pasaron por mis manos y fueron minuciosamente examinados y pesados antes de contratar la provisión con la New York and Pennsylvania Co., a un precio cerano a los $4\frac{3}{4}$ centavos oro americano la libra; lo que daba un costo de cerca de tres centavos moneda chilena por ejemplar sólo por el capítulo de papel. ¡Y pretendíamos entonces vender la revista a \$0.10 al público y a \$0.07 a los vendedores! Todavía más, ¡habíamos hablado de obsequiarle la revista a los suscriptores de "El Mercurio" como una prima! Bien pronto pudimos

comprobar que la generosidad de la juventud nos arrasaba al abismo.

Solucionado el problema del papel era menester ocuparse de las tintas. Las impresiones en colores que proyectábamos exigían gran variedad y, especialmente, calidades finas en azul, rojo y amarillo, colores básicos de la tricromía. Charles Enen Johnson & Co., me pareció después de muchas y cavilosas comparaciones el fabricante que nos convenía.

¡Prensas, dobladoras, papel, tinta! ¡Algo se había avanzado!

Quedaba, sin embargo, todo el taller de fotograbados, que nos engolfó en largas y tormentosas meditaciones. Sabíamos tan poco en Chile en este ramo.

Una firma especialista, la "Wessel Manufacturing Co" y Mr Bullen, hombre de vastos conocimientos y larga experiencia en la materia, acudió en mi auxilio. A él le debió "Zig Zag", entre otros servicios, la elección de Mr. William S. Phillips, aquel técnico que pocos meses después vino a Chile y fue el alma de la organización de los talleres. Este hombre fino de contextura, de espíritu y de maneras, de una energía sobrehumana para el trabajo, en sólo dos meses de asidua labor, de diciembre a febrero, formó uno a uno el personal de los talleres que el 19 de febrero de 1905 entregaba a la circulación el primer número de Zig Zag". Figuraba entre los ayudantes un imberbe rubio, de ojos azules, empeñoso, serio, modesto, simpático que fue su mejor discípulo y ayudante y, andando el tiempo, cuando Phillips regresó a los Estados Unidos de América lo reemplazó de pleno derecho, por lo que sabía y por sus virtudes morales. Ese imberbe de 1905 es hoy el presidente de la Sociedad de Artesanos "La Unión", don Juan Urzúa.

¡Prensas, dobladoras, papel, tinta, taller de fotograbado! ¡Avanzábamos! Faltaban, sin embargo, máquinas para coser y máquinas para cortar la revista. Una nueva serie de visitas a talleres y de consultas y me decidí por una máquina cortadora llamada "Seybold Duplex Trimmer", y unas cosedoras Latham. Largos días mirando y observando, y tomando extensos apuntes de las noticias que me daban los operarios mismos sobre su funcionamiento, pasaron antes de tomar estas resoluciones que ahora parecen tan sencillas.

Joaquín Díaz Garcés seguía desde Santiago mis esfuerzos de Nueva York, con incansable actividad e interés. La maravillosa intuición con que lo dotó la naturaleza le hacía enviarme indicaciones y observaciones utilísimas como lo atestigua la voluminosa correspondencia que cruzamos en aquella época, y que conservo porque es la historia completa de la fundación de "Zig Zag".

Había oído Díaz Garcés acá que existía un procedimiento secreto para darle cierta resistencia en la capa protectora y mayor profundidad a los clisés y me instó a que lo averiguase. El inventor era, según las noticias de Díaz Garcés, un señor Schmidt que vivía en Scranton (Pennsylvania) y guardaba su invento como un tesoro oculto a la vista de los mortales hasta encontrar quien se lo convirtiese en dinero contante y sonante. Muchas gestiones y trajines me ocasionó el secretísimo procedimiento, para descubrir después de las más acuciosas averiguaciones que el mayor secreto que encerraba era su total inutilidad.

También había llegado a noticias de Díaz Garcés la existencia de unos aparatos llamados "Rapid Shading Mediums", de Benjamín Day. Estos sí que eran

de grandísima utilidad. Díaz Garcés sabía que estaban en uso en la República Argentina desde hacía dos años, pero no los conocía en Chile ninguna de las empresas tipográficas de la época. El inventor no quiso vender sus aparatos, pero nos lo arrendó conforme a las normas que se había trazado para su explotación.

Grande era el camino recorrido. Quedaba, sin embargo, otro tanto o más por recorrer.

Si la revista debía llevar tapas impresas en tricromía, procedimiento nuevo desconocido en Chile, ¿no era necesario protegerlas de las manos, no siempre inmaculadas, de los suplementeros? Y en ese caso se necesitaba un papel transparente que no ocultase a la vista del comprador el atractivo de la portada. En aquella época, a diferencia de ahora, el papel transparente que no ocultase a la vista del comprador el atractivo de la portada. En aquella época, a diferencia de ahora, el papel transparente era escasísimo, y sólo se fabricaba en ciertos y determinados lugares de Alemania: en Oberchmitten, Oberhofen, en Haynan Schlesien, en Lambrecht, Rheinpfalz y en Ottbergen. Una nutrida correspondencia con las respectivas fábricas me permitió formarme juicio de calidades y precios, y escoger lo mejor y más ventajoso.

No existía en Chile entonces archivo fotográfico alguno que sirviese de base a la información gráfica del mundo entero que era la característica principal de la proyectada revista. La mayoría de los grabados que se publicaban eran reproducciones de otros aparecidos y escamoteados a diversas revistas europeas y americanas. Las reproducciones resultaban necesariamente groseras, borrosas, detestables. Semejante sistema era impropio de la calidad que nosotros pretendíamos alcanzar. Y fue necesario, entonces, buscar en con-

tratos con Underwood & Underwood de Nueva York, y con Paul Nadar de París, fotografías originales artísticas de políticos en boga, de artistas conocidos, de gentes de sociedad, de actores célebres, de bellas actrices, de millonarios discutidos, de inventores consagrados, de generales y almirantes renombrados, de grandes transatlánticos, de escenas de costumbres, de edificios públicos, de monumentos, de ciudades; por manera que cuanto sucediese en el mundo repercutiese gráficamente en la nueva revistas, ricamente documentada para el objeto.

Larguísimas horas exigió esta selección que andando el tiempo debía quedar casi inútil, sobre todo en lo relativo a retratos de personajes. ¡Basta mirar estas colecciones para ver lo fugaz de la popularidad humana, y con qué rapidez se renueva el elenco en el drama de la vida!

A todo esto, carecíamos de alma artística. El cuerpo mecánico de nuestra creación estaba completo, pero faltaba algo esencial para a marchar al éxito.

No era Nueva York el centro más apropiado en aquellos años para encontrar un buen artista con remuneración abordable. Hube de buscarlo en París, y en junio de 1904 el Director de "Petit Journal" me recomendaba a Paul Dufresne, que dejó tan gratos recuerdos y tan honda huella de su talento en "Zig Zag".

Dirigía Dufresne, se le debió a Martín, un dibujante español de gran fineza y elegancia, a las geniales caricaturas de Nataniel Cox y de Julio Bozo, la popularidad y renombre que alcanzó el "Zig Zag" en aquellos años.

Empero, no hay que olvidar que en la circulación que alcanzó tiene también su mérito aquella que el vulgo llamó pintorescamente "la mona con dolor de

muelas"; aquella cabeza de mujer apoyada en su propia mano que parecía mirar siempre al que la miraba, desde las ventanillas de los carros de equipajes, desde las paredes de las estaciones, desde los escaparates de las tiendas, en los kioscos de frutas, de flores y de diarios, en los postes del telégrafo, en las cabinas telefónicas y en cuanto rincón se permitió pegar el llamativo cartel. No en balde hice imprimir en Nueva York cien mil "monas con dolor de muelas", que despaché a Chile en veinte cajones conteniendo cinco mil cada uno.

No puedo vanagloriarme de haber descubierto la fuerza de la propaganda, pero sí, de haberla comprendido en este caso, gracias a dos libros curiosos que acababan de ver la luz pública en Nueva York, cuando recién llegaba allí en peregrinación tipográfica: "The Theory of Advertising", por Walter Dill Scott, y "Successful Advertising, How to Accomplish it", por Mc Donald. En sus páginas brotaban las sugerencias ingeniosas y, por asociación de ideas, las inspiraciones de otras no esbozadas en el texto. Así, por ejemplo, concebí una inundación formidable de circulares que cubriese a todo Chile y no dejase una sola casa en donde no se supiese que el "Zig Zag" llegaba al mundo. Y adquirí todo un equipo para imprimir circulares, máquinas para doblarlas y, por fin, máquinas para pegar los sobres a razón de sesenta por minuto.

En aquellos años, escritores y periodistas escribían sus originales a mano con la consiguiente pérdida de tiempo en la composición y en la corrección de pruebas. Para facilitar el trabajo de los nuevos talleres de "Zig Zag", adquirí 25 máquinas de escribir Columbia Type Writer, y se pusieron a disposición de los redactores de planta y de los colaboradores. Si no me equivoco, fue el primer ensayo de este sistema, hoy rutinario, que se hizo en Chile en grande escala.

Cuando ya teníamos reunidos todos los elementos reunidos todos los elementos, descubrimos que nuestro plan primitivo de instalar los talleres de "Zig Zag" en la imprenta de "El Mercurio", agregándole un tercer piso, era simplemente una quimera irrealizable. Febrilmente buscamos donde instalarnos, y nos decidimos por la casa de la calle Teatinos, en donde estuvo la imprenta por tantos años. La habilitamos en el espacio angustiadísimo de cuatro o cinco meses.

Las dificultades estaban vencidas. Teníamos en la mano con alma, vida y cuerpo el embrión de enero de 1904. Nos creíamos ya seguros y anunciamos la salida de "Zig Zag" para el domingo 5 de febrero. Cuál no sería nuestro horror cuando a comienzos de diciembre nos anuncian que el vapor "Menantic", en que venían las prensas y muchas otras instalaciones indispensables para nuestros talleres había naufragado, y con él nuestras expectativas de sacar la revista en la fecha anunciada. No fue grande, sin embargo, el retardo, porque, junto con producirse la catástrofe, despachamos cablegramas a Nueva York pidiendo la repetición del embarque perdido; y a fines de enero, seis semanas después del naufragio anclaba en Valparaíso el vapor que traía los repuestos. Gracias en gran parte a don Francisco Valdés Vergara, a la sazón Superintendente de Aduanas, se nos dieron grandes facilidades para el desembarque, y en dos semanas estuvieron montadas y funcionando las prensas. El 19 de febrero de 1905 se iniciaba la vida de la revista que hoy cumple treinta años. El retardo duró apenas una quincena.

He aquí los afanes y las preocupaciones para darle al país una revista que difundiese — como decía "El Mercurio" del 1 de enero de 1905 — "el buen gusto artístico y diese a conocer gráficamente las bellezas de

nuestra tierra y, sobre todo, los progresos de los países extranjeros". "Ella constituirá — agregaba — una poderosa lección objetiva que irá poco a poco y sin que el lector se dé cuenta de ello, infiltrando en el público el deseo de mejorar lo que tenemos: el entusiasmo por lo bello y por el adelanto". Otro diario, "The Star of Chili", anunciaba la próxima aparición de la revista diciendo que el dibujo de la carátula para el primer número era verdaderamente original y adecuado, porque representaba a Mercurio que ayuda a "Zig Zag" a salir del cascarón.

Llegó al mundo en una época de grandes y variados sucesos: la gran tragedia de la guerra ruso-japonesa, la fiebre chilena de las sociedades ganaderas y los lavaderos de oro, el entusiasmo por el fonógrafo chillón, destemplado, horripilante, la generalización de la máquina de escribir, ruidosa como una descarga de martillazos, la moda femenina de los sombreros alones cargados de plumas y cintajos y apenas equilibrados en la cima de unas magníficas y espumosas cabelleras postizas, de las cinturas estranguladas por aparatos que más merecían el nombre de cilicio que de corsé, la aparición de los primeros automóviles que, como los potrillos, se veían desproporcionados y apenas salidos de una crisálida velocipédica, la boga de aquellos absurdos carrujillos llamados "tonneaux", en los cuales el auriga se torcía el cuello manejando de lado, se mordía la lengua con cada vaivén y gozaba de la vecindad íntima del lacayo, la adopción del asfalto en las calzadas y el derrocamiento del adoquín que, como decía uno de los primeros números del "Zig Zag", servía a unos de pavimento y a otros de cabeza.

Mundo abigarrado de esplendores ingenuos que explotaban a su sabor "Nadir", aquel alegre y simpáti-

co Miguel Angel Gargari en sus crónicas, Nataniel Cox y Julio Bozo, que bajo la influencia de Dufresne tradujo su apellido al francés y se llamó Moustache en sus caricaturas, y siempre en sus geniales inspiraciones Joaquín Díaz Garcés, alma de todo aquel enjambre de escritores, artistas, fotógrafos, impresores, aprendices, tipógrafos, prensistas que le entregaba a la nueva empresa lo mejor de su edad y de su talento y solían, a pesar de sus desvelos, darnos escalofríos de horror cuando cometían barbaridades como aquella vez en que publicaron música de Beethoven con ilustraciones japonesas.

¡Cuántos de ellos descansan para siempre de todos sus afanes: Joaquín Díaz Garcés, Alberto Edwards, Humberto Fernández Godoy, Carlos Tomás Vicuña, Juan Esteban Ortúzar, Miguel Angel Gargari, Nataniel Cox! Pedro Subercaseaux sigue en plan espiritual y místico de su convento de Benedictinos cultivando las bellas inspiraciones artísticas con que adornó entonces las páginas de "Zig Zag". Augusto Thompson, Tomás Gatica Martínez, Januario Espinoza, Nathanael Yáñez Silva y tantos otros siguen llevando en alto el pendón de su fama. Y, por fin, no falta uno, el que escribe estas líneas que ve con orgullo a la hija emancipada llegar a los treinta años de edad lozana, ataviada con el lujo de una cortesana en pleno favor, espiritual y alerta; y siente revivir en ella, al compás del recuerdo, los días intensos, agitados y generosos de los amigos y compañeros incomparables de una juventud ya lejana.

(Revista Zig Zag, 29 de marzo, 1935)

3. CRÓNICA PERIODÍSTICA DE VIAJE

“Una cabeza y un paseo”

Las orejas deben arderle a don Luis Gallo Porras, Alcalde de Lima, pero no como a aquel colega suyo que ejercía en 1550, en Potosí, las mismas funciones, don Diego de Esquivel que vio las suyas rebanadas por un tal don Cristóbal de Agüero por motivos particulares, sino porque se cumple aquel vulgar dicho de esta tierra de que tal cosa ocurre cuando alabamos a alguien en ausencia; milagro que no se opera así no más entre nosotros, regañones y agresivos por naturaleza, sino en los casos en que cualquier elogio resulta pálido ante el encomio conquistado por sus cabales.

Bien sabemos que en estos achaques de centenarios y, en verdad, en todas las organizaciones humanas, siempre hay un cerebro que orienta y una voluntad que ejecuta. Y no es fácil organizar un programa de un mes y diez días, desde el 21 de diciembre de 1934 al 31 de enero de 1935, en que hay que colocar y pronunciar los respectivos discursos, 23 placas conmemorativas de grandes hombres del Perú de la época de la Colonia y de la República, inaugurar diez monumentos y repetir la prueba oratoria, rendir tres homenajes, llevar a cabo 19 inauguraciones, incluyendo aperturas de exposiciones y de avenidas, y ornatos de plazas, realizar tres campeonatos y abrir cinco congresos, entre ellos el Nacional de alcaldes; fuera de la asistencia como figura central y, por lo tanto, casi siempre como orador obligado, a sesiones solemnes, banquetes de día y de noche, misas y otras funciones religiosas, y veladas teatrales.

Si a don Luis Gallo Porras no se le puede decir como a aquel don Juan Antonio de Palomares y de la

Vega, Ferández de Córdoba y Pérez del Río, vizconde y preboste de San Donás, barón de Urpín y señor de Berdalla, que es “un Alcalde que sabe donde le ajusta el zapato”, como dice de éste una tradición limeña de paternidad dual, no sé a quién podría aplicársele. Y como ha sido, antes que de Lima, Alcalde de Miraflores, en donde hizo su reputación de gran administrador, y sigue siendo vecino de ese risueño y florido rincón, y ha logrado conquistar la confianza de cinco gobiernos sucesivos, que no ha representado, por cierto, continuidad de métodos y doctrinas políticas, sino más bien lo contrario, podría aplicársele cariñosamente aquel dicho: “Cada gallo canta en su corral, pero el que es bueno, bueno, canta en el suyo y en el ajeno”.

Son él y don Diomedes Arias Schreiber, Teniente-Alcalde, dignos sucesores de aquel par de andaluces, don Nicolás de la Rivera y don Juan Tello, a quienes el “cacique don Francisco Pizarro” ungió alcaldes, aun cuando no eran paisanos suyos extremeños, entregándoles después que juraron, según dice el respectivo documento, dos varas de justicia; no porque Pizarro midiera, a lo menos en esa oportunidad, por varas la justicia, sino porque las varas —aquellas eran bastones que por insignia de autoridad usaban los ministros de justicia, y tenían en la parte superior una cruz para tomar sobre ella los juramentos.

Y no se diga que ha sido fácil la obra del Alcalde Gallo Porras, porque si bien es fama que todos los miembros del Concejo Provincial de Lima son hombres sin tacha, amantísimos de la ciudad, no hay que olvidar que son 56, y de cepa española.

Don Luis Gallo Porras lleva ya un año presidiéndolos. Y ha podido, a los 42 años de edad, captarse la confianza, el respeto y las simpatías del Concejo — y

con toda propiedad se escribe en el Perú “Concejo” y no “Consejo”, porque así lo dispuso en el primer caso el diccionario de la Academia para las corporaciones edilicias o ayuntamientos, como los llaman en España, dejando el otro “consejo” para designar, o el acto de aconsejar, o los tribunales supremos — en un cargo que tradicionalmente ha contado entre los más importantes del Perú. Lo han ocupado hombres eminentes siempre, y no pocos en él han visto el primer peldaño de la escala que conduce a la casa de Pizarro.

De todas las obras que ha realizado en el corto espacio de ocho meses, para inaugurarlas durante las fiestas centenarias, acaso la de mayor trascendencia es la apertura del Gran Paseo de la república, que ha transformado el sector sur de Lima y comunicado la antigua ciudad con la nueva, que se extiende hasta el mar, ese camino real que indujo a los comisionados de Pizarro a elegir Lima de preferencia de preferencia a Jauja y San Gallán para fundar la capital del nuevo reino.

Fue hermosa la inauguración de ese paseo, en la mañana del 20 de enero; y demostró el Alcalde, en esa ceremonia, a la cual asistió el Presidente de la República, General Benavides, que ante todo es un gran administrador y un hombre de sentido práctico. Con una precisión descarnada que denuncia la proveniencia germánica de su educación y de sus diez años de permanencia en Europa, dijo que el paseo tendría tres mil metros lineales desde el edificio Rimac hasta la “Plaza Méjico”; explicó que el primer tramo mide un ancho aproximado de cien metros lineales, don dos calzadas de dieciséis metros cada una; hizo una descripción topográfica detallada; dijo que el plano se debía al urbanista don Ricardo Malachowsky, y que ha sido

ejecutado con fondos municipales y la cooperación de la Junta departamental pro-desocupados; tuvo palabras de agradecimiento al Presidente de la República por el apoyo material que su Gobierno le había prestado a la obra; dejó testimonio de que se ha realizado en el angustioso plazo de seis meses, e invitó en una frase final al Jefe de Estado a declarar inaugurado el Paseo.

Fue esta inauguración motivo para realizar un magnífico desfile de tropas; y vemos pasar en irreprochable formación a la Escuela Naval en su tenida de brin blanco, a la Escuela Militar, en su severo uniforme negro y gris, a tropas de infantería, caballería y artillería, a una batería de tanques; y mientras aplaudíamos el magnífico porte de los soldados del Perú, tres escuadrillas de aviones evolucionaban sobre nuestras cabezas en formación también irreprochable.

Como dije en mi artículo anterior, muchas veces en distintas ocasiones, me cupo presenciar casualmente, de paso en Lima, formaciones y desfiles militares, y he podido comprobar el progreso enorme que han hecho sus fuerzas armadas. Al ver estas tropas, y al observar a mi lado numerosos europeos y norteamericanos, siendo algo así como el orgullo del provinciano ante proezas y éxitos de sus paisanos vecinos del terruño.

Al fin de cuentas, somos en Chile de la misma provincia que el Perú, de esa provincia que llamamos América del Sur. Y aplaudimos el desfile como si fuera algo nuestro.

¡Y pasan los sobrevivientes de la Guerra de 1879! Me descubro con respeto ante sus canas y sus medallas. Fueron nuestros adversarios porque así lo dispuso el curso del destino en aquella hora; de la misma manera que en ésta que estamos viviendo dispone que

nos unamos. Y hubo entre nuestro adversarios de entonces muchos héroes que, como los nuestros, se batieron como leones en defensa de su patria, cumpliendo el más santo de los deberes del hombre civilizado. Podemos honrar la memoria de Prat y la de Grau como dignos émulos en la gloria!

Entre los sobrevivientes desfila un señor alto, elegante, de porte distinguido, de barba blanca, pero tan erguido y ágil en su marcha, que casi parecen un anacronismo las canas que peina.

Es un sobreviviente del "Huáscar" — me dicen — y muchos lo llaman cariñosamente "Mister Perú" Y, en verdad. Está bien el cariñoso apodo, porque su figura simboliza la distinción de esas épocas aristocráticas del Perú cuando vivía en estrecho contacto con la nobleza española, de la cual tenía en su seno tantos retoños.

Hermosa perspectiva ofrece el Paseo de la República, como la Avenida Wilson, la Avenida España y tantos otros caminos que se han abierto y ornamentado en ocho meses de febril actividad. En ellos se ven, no obstante su reciente apertura, árboles añosos. Y es que el Alcalde Lima, respetando la tradición del primer Cabildo, que acordó imponerle veinticinco pesos de multa al que derribase árboles frutales, si era español, y cincuenta azotes si era negro, ha respetado en todas estas transformaciones la vida de los árboles viejos. En vez de la multa aquélla, de veinticinco pesos, que a él le habría caído encima por ser hijo de español, bien pudiéramos acordarle una medalla de honor, en especial aquellos que vamos rápidamente ganando por nuestros cabales el derecho a que nos llamen viejos.

El Alcalde Gallo Porrras, por los esfuerzos que ha hecho para darles a los limeños fiestas dignas de las

tradiciones de cuatro siglos, merecería aquella divisa del escudo del Primer Alcalde que tuvo Lima, don Nicolás de Rivera, de “un pelícano que está sobre sus hijos rompiéndose el pecho con sus trascoles”.

Y se entregó entero a su labor ímproba, sin demostrar jamás ni fatiga ni afán, con una compostura que no reveló en ningún momento el menor desvelo, y nos daba la impresión de tener al frente del Concejo Provincial, a un hombre que había nacido para Alcalde y, sobre todo, a un limeño que ama a su ciudad, más que su salud, que su tranquilidad y, acaso, que su vida.

¡Y cómo no amar a Lima, que ejerce tan hondo magnetismo aun entre los que, como yo, han llegado a ella ocasionalmente! Rodeada de reliquias de civilizaciones ignotas, desaparecidas en siglos oscuros y hasta ahora ocultas a los rayos penetrantes de la arqueología: con su santuario de Pachacamac, con sus ruinas de Arcay de Maranga; su Necrópolis de Ancón; su pirámide Nievería; circundada por huertos de olivares, y rosales, y naranjos, y palmeras, y claveles, y orquídeas, y granadillas, y paltas, y peras, y ciruelas y frutillas, su flora muestra una maridaje maravilloso de las plantas de climas templados con las de la zona tórrida, así como sus pobladores prueban que pueden convivir en amable comercio, todas las razas aborígenes y exóticas con los descendientes refinados de fisonomía, de maneras y de gustos, de hidalgos españoles de immaculada cepa ¿No les dio, acaso, el ejemplo el propio Conquistador don Francisco Pizarro, que tuvo un hijo en doña Angelina, hija de Atahualpa, y una hija en doña Inés de Huaylas, hija de Manco Capac?

Y es que Lima, fundada allí donde está porque tenía — como dicen los primeros cronistas — un cielo de

huracanes, ni nubes, ni rayos, y cerca de allí el mar para comunicarse fácilmente con el resto del mundo, convida climatérica y topográficamente a la unión y a la paz.

Uno de nuestros compatriotas de alegre disposición de ánimo, me dijo un día:

—Muchas cosas buenas ha hecho el Alcalde de Lima, pero, personalmente, la que celebro más es que nos haya convidado al centenario.

(El Mercurio, Santiago de Chile, 19 de febrero, 1935)

LISTADO DE SUS PRINCIPALES OBRAS

- Lo que vi en España.* París. 1896
- Las tres fiestas de Sevilla.* (Segunda parte del anterior). Valparaíso. 1897
- Conferencia Internacional de Ginebra.* Ginebra. 1906
- Observaciones sobre Suecia.* Santiago. 1921
- y native land.* Londres. 1928
- i tierra. Panorama. Reminiscencias. Escritos y Folklore.* Valparaíso. 1928
- People of Old London.* Londres. 1929
- Prólogo a Salitre y guano,* de Miguel Cruchaga. Madrid. 1929
- Cuchicheos de un abuelo. Aventuras de Juan Esparraguito o el niño legumbre.* París. 1930
- Gentes de antaño.* Valparaíso. 1930
- Sinopsis crítica de un hecho notable. Razas indígenas de Chile.* Santiago. 1930
- Apuntes biográficos de don Federico Santa María y breve noticia de la Fundación que lleva su nombre.* París. 1931
- Contribution sur la bibliographie Coloniale Chilienne avant et après 1900 précédée d'une notice sur le période Coloniale Chilienne.* París. 1931
- El alba. (1818-1841).* Valparaíso. 1931
- La América Latina y la Liga de las Naciones.* Santiago. 1931
- The Dawn.* Londres. 1931
- Algunas reminiscencias y observaciones sobre Chile.* Santiago. 1932
- Cuatro Presidentes de Chile.* Valparaíso. 1932
- Fundación Santa María en beneficio de la clase obrera.* Santiago. 1932
- Recuerdos de mi persecución.* Santiago. 1932
- Elogio de don Eliodoro Yáñez y bosquejo panorámico de la*

prensa chilena. Discurso de incorporación a la Academia Chilena y respuesta de don Luis Barros Borgoño. Santiago. 1933

Período de zozobras. Santiago. 1933

Camilo Henríquez. Santiago. 1934

Il Conferencia Internacional Americana de Educación. La enseñanza técnico-industrial de las Escuelas de Artes y Oficios y Colegio de Ingenieros "José Miguel Carrera" de la Fundación Federico Santa María. Valparaíso. 1934.

La cuestión de la plata. Santiago. 1934.

Las corporaciones y la doctrina liberal. Santiago. 1934.

Viajes de Ercilla. Santiago. 1934.

La Educación bajo el prisma británico. Conferencia dada en el Centro de Estudios Religiosos de Santiago. Valparaíso. 1940.

COLECCIÓN "CUADERNOS DEL CENTENARIO" DE LA
ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

- Fernando Durán V. : "Pedro Lira Urquieta"
Alfredo Matus O. : "Homenaje a Rodolfo Oroz"
Erwin Haverbeck O. : "Fernando Santiván"
Hugo Montes B. : "Pablo Neruda"
Hernán Poblete Varas : "Luis Oyarzún Peña"
Matías Rafide B. : "Francisco Donoso"
Sergio Hernández : "Ricardo A. Latcham"
Hugo Montes B. : "René Silva Espejo"
Fernando González-Uriar : "Rumia y llanto por Hernán
del Solar Aspillaga"
Hugo Montes B. : "Evocación de Jaime Eyzaguirre"
Erwin Haverbeck O. : "Sady Zañartu"
Pedro Prado C. : "Cartas a Manuel Magallanes
Moure"
Roque Esteban Scarpa : "José Antonio Soffia"
Alfonso Calderón S. : "Don Adolfo Valderrama"
Hernán Poblete Varas : "Egidio Poblete: correspondencia en torno a la Eneida"
Alfonso Calderón S. : "Don Augusto Orrego Luco":
Rodolfo Oroz S. : "Los animales en la poesía de Gabriela Mistral"
Academia Chilena : Su Santidad Juan Pablo II, miembro de honor"

COLECCIÓN HOMENAJES DE LA ACADEMIA
CHILENA DE LA LENGUA

1. Instituto de Chile: *Homenaje a Rodolfo Oroz Scheibe*, 1995.
(Con motivo del centésimo aniversario de su nacimiento)
2. Hernán Poblete Varas (Editor): *Homenaje a Monseñor Fidel Araneda Bravo*, 1997.
3. Marianne Peronard (Editora): *Los medios de comunicación y la cultura del idioma*, 1997
4. Juan Antonio Massone del C.: *Homenaje a Roque Esteban Scarpa, escritor y maestro de humanidades*. (Coedición con Universidad de Magallanes, volumen extraordinario), 1999.
5. Juan Antonio Massone del C.: *Homenaje a Oreste Plath, una vida dedicada a Chile* (Coedición con Universidad de Talca, volumen extraordinario), 2001.
6. Juan Antonio Massone del C. (Editor): *Homenaje a Martín Panero Mancebo*, 2001.

COLECCIÓN LITERATURA

1. Juan Antonio Massone del C.: *Fernando Durán Villarreal*, 2000.
2. Juan Antonio Massone del C.: *Eugenio Orrego Vicuña*, 2000.
3. Fernando Durán Villarreal: *Don Agustín Edwards Mac-Clure*, 2003.

1. Nelson Cartagena: *Apuntes para la historia del español en Chile*, 2002.



*«NO HAY NINGUNA IDEA QUE VALGA LA PENA
QUE PUEDA ABRIRSE CAMINO CON FACILIDAD»*

AGUSTÍN EDWARDS MAC-CLURE